

Y TODO POR MI...

TRIBUNALES [291-293]

Meditación – 2025

Continuando la Tercera Semana de los EE, meditaremos ahora los misterios de nuestro señor Jesucristo en su Pasión que van desde el prendimiento en Getsemaní, a los pies del Monte de los Olivos, hasta el Pretorio, donde es juzgado por Poncio Pilato.

ACTOS PREPARATORIOS

Oración preparatoria:

[46] La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.

La historia:

El primer preámbulo es traer la historia del misterio que queremos contemplar. En este caso será recordar cómo Nuestro Señor, traicionado por Judas, es apresado en Getsemaní, y abandonándole sus discípulos, es llevado a casa de Anás, donde lo interrogan por primera vez, recibe una bofetada y Pedro lo niega por primera vez.

[291] DE LOS MISTERIOS HECHOS DESDE EL HUERTO HASTA LA CASA DE ANAS INCLUSIVE, MATHEO, 26, 47-58; LUCAS, 22, 47-57; MARCOS, CAPITULO 14, 43-68.

1° Primero: el Señor se dexa besar de Judas, y prender como ladrón, a los cuales dixo: (Como a ladrón me habéis salido a prender, con palos y armas, quando cada dia estaba con vosotros en el templo, enseñando, y no me prendisteis); y diciendo: (¿A quién buscáis?) cayeron en tierra los enemigos.

2° 2°: San Pedro hirió a un siervo del pontífice, al qual el mansueto Señor dice: (*Torna tu espada en su lugar*), y sanó la herida del siervo.

3° 3° desamparado de sus discípulos es llevado a Anás, adonde San Pedro, que le había seguido desde lexos, lo negó una vez y a Christo le fue dada una bofetada diciéndole: (*¿Así respondes al Pontífice?*).

Luego, trasladado al palacio de Caifás, Pedro lo niega dos veces más y, mirado por el Señor, lloró amargamente. Jesús, condenado a muerte, pasa la noche en prisión, siendo maltratado por los guardias de los judíos.

[292] DE LOS MISTERIOS HECHOS DESDE CASA DE ANAS HASTA LA CASA DE CAYPHAS INCLUSIVE, MATHEO, 26; MARCOS, 14; LUCAS, 22; JOAN, CAPITULO 18.

1° Primero: lo llevan atado desde casa de Anás a casa de Cayphás, adonde Sant Pedro lo negó dos veces; y mirado del Señor (*saliendo fuera lloró amargamente*).

2° 2° estuvo Jesús toda aquella noche atado.

3° 3°: aliende desto¹ los que lo tenían preso se burlaban dél, y le herían, y le cubrían la cara, y le daban de bofetadas; y le preguntaban: (*Prophetiza nobis² quién es el que te birió; y semejantes cosas blasphemaban contra él*).

Al amanecer, es llevado ante Pilato, acusado de sedición y de prohibir el tributo al César. Pilato lo interroga varias veces y declara que no encuentra culpa en Él, pero el pueblo prefiere liberar a Barrabás en su lugar.

[293] DE LOS MISTERIOS HECHOS DESDE LA CASA DE CAYPHAS HASTA LA DE PILATO INCLUSIVE, MATHEO, 27; LUC., 23; MARCOS, 15.

1° Primero: lo llevan toda la multitud de los judíos a Pilato, y delante dél lo acusan diciendo: (*A éste habemos hallado que echaba a perder nuestro pueblo, y vedaba pagar tributo a César*).

2° 2° después de habello Pilato una vez y otra examinado, Pilato dice: (*Yo no hallo culpa ninguna*).

3° 3°: le fue preferido Barrabás, ladrón: (Dieron voces todos diciendo: no dexes a éste, sino a Barrabás).

Composición de lugar:

El **segundo preámbulo** es la composición viendo el lugar: podemos imaginar los caminos angostos y empedrados de Jerusalén, tanto el camino que va desde Getsemaní (a las afueras de las murallas de Jerusalén) bordeando la ciudad Santa hacia el palacio de Anás y de Caifás. Ahora la actual iglesia de San Pedro en Gallicantu, a las afueras de Jerusalén, donde pasa la noche, y después entrando ya a Jerusalén podemos imaginar esas calles empedradas hasta la Torre Antonia, que estaba en la esquina de la explanada del templo.

Podemos servirnos también de lo que uno puede haber visto en la película de la Pasión de Cristo, de Mel Gibson, que tan bien ha recreado esos escenarios.

Podemos entonces pensar el camino, el palacio de Caifás y de Anás, la plaza del Pretorio.

Petición:

El **tercer preámbulo** es demandar lo que quiero, la gracia y fruto que busco en esta meditación: será aquí dolor, y confusión, porque para evitarme la sentencia de condenación

¹ aliende desto: además de esto.

² Prophetiza nobis: profetizanos.

por mis pecados quiso Jesús ser traicionado, juzgado e injustamente condenado por los hombres.

PUNTOS

1) De Getsemaní a la casa de Anás

Nos trasladamos a las afueras de Jerusalén, al pie del Monte de los Olivos, donde se encuentra el huerto de Getsemaní, lugar frecuentado por Jesús y sus discípulos.

Ya es tarde, pasada la medianoche. La luna llena hace que sea una noche bastante clara. Hace frío, como recuerda san Juan (**Jn 18,18**), comenzaba la primavera, cuando todavía las noches son frescas, e incluso hay días nublados, algo impensable en el seco verano de Tierra Santa.

La oración de Jesús había llegado a su fin y anuncia a los apóstoles que lo están por prender. De hecho, se comenzaba a sentir el rumor de gente que llegaba por el camino de Jerusalén y se entreveían en aquella dirección las luces de las antorchas. Jesús, entristecido como estaba tras la agonía en el huerto, manifiesta un especial dolor en sus palabras frente al pecado del amigo, cuando dice a los Once: «*¡Levantaos!, ¡vámonos! Mirad que el que me va a entregar está cerca*» (**Mt 26,46**).

En efecto, a la cabeza del grupo formado por servidores de los sumos sacerdotes y ancianos del pueblo, jefes de la Guardia del Templo, e incluso algunos soldados romanos, se aprecia en la penumbra un rostro familiar: Judas Iscariote.

El traidor no empuña una espada. No grita órdenes. No señala a su víctima desde lejos. No. Su traición es más cruel. Se acerca a Jesús... y lo besa.

«*Judas, - le reprocha Jesús - con un beso entregas al Hijo del hombre!*» (**Lc 22,48**). Herida amarguísima al Sagrado Corazón. No fue un extraño quien lo vendió, ni un enemigo le entregó. Fue un amigo.

Judas había visto y, posiblemente, hecho milagros. Había oído las **palabras de vida eterna** del Señor, y participado de la Última Cena. Pero hacía tiempo que su corazón se había ido endureciendo poco a poco por la falta de fe, por el juicio propio, por la avaricia, por la murmuración...

Judas había dado a los guardias esta señal: «*Aquel a quien yo dé un beso, ése es, prendedle y llevadle con cautela*». (**Mc 14,44**)

Tras el sacrílego beso, Jesús se dirige a la comitiva, preguntando: «*¿a quién buscáis?*». «*A Jesús el Nazareno*», contestaron; en el instante en que Jesús les responde «*Yo soy*», ocurre algo inesperado, pues «*retrocedieron y cayeron en tierra*» (**Jn 18,4-5**), no pudiendo resistir a la majestad divina de Cristo. Quiso Jesús manifestar que libremente se entregaba en sus manos.

Pese a la tensión del momento, nuestro Señor no se olvida de sus amigos, e intercede por ellos ante los guardias: «*si me buscáis a mí, dejad marchar a éstos*» (**Jn 18,8**). Repuestos de la caída, como respuesta quizá dieran muestras de avanzar hacia Jesús, lo que desató la pasión

de Simón Pedro, que, armado como estaba con una espada, se lanza a matar o morir, y asestando un golpe a uno de los siervos del sumo sacerdote, le cortó la oreja. Sin embargo, Jesús lo detiene, y lo reprende. Le acababa de dar muestras de que podría detener a sus enemigos con sólo su palabra... pero no era esa la voluntad del Padre. Ante la vista de todos sanó la herida de aquel siervo, llamado Malco (**Jn 18,10**), y se dejó apresar.

Los discípulos, que en la Última Cena **todos** habían prometido morir con Él... ahora, **todos**, «dejándole, buyerom». (**Mt 26,56**)

La guardia se dirigió a casa de Anás, llevando al Señor como un malhechor.

Entretanto, pasado el peligro y recuperada la compostura, Pedro y Juan, comenzaron a seguir aquel grupo **desde lejos**, queriendo ver cómo terminaba todo. Llegados a la casa, consiguen entrar, pues el discípulo amado era conocido del Sumo Sacerdote.

Anás oficialmente ya no ocupaba ese cargo, pero seguía siendo una figura de gran influencia en el Sanedrín, y su autoridad seguía pesando mucho sobre los judíos, y especialmente sobre su yerno Caifás. Por eso le llevan primero a él a Jesús.

Anás somete a Jesús a un juicio que, desde todo punto de vista, carece de legalidad y justicia. Lo interroga acerca de su doctrina y de sus discípulos, buscando un pretexto para condenarlo. Jesús le responde: *«he hablado abiertamente ante todo el mundo, he enseñado siempre en la sinagoga, en el Templo, donde se reúnen todos los judíos y no he hablado nada a ocultas. ¿Por qué me preguntas? Pregunta a los que me han oído lo que les he hablado. Ellos saben lo que he dicho»*. *«Apenas Jesús respondió así, uno de los siervos del Sumo Sacerdote lo golpeó en su cara: ¿así contestas al Sumo Sacerdote?»*. Ese golpe, según la palabra griega usada en el Evangelio, pudo haber sido propinado con un palo, y, prueba de lo brutal que fue, es que puede observarse en la Sábana Santa de Turín, el rostro del Señor con la nariz rota y el tabique desviado.

De acuerdo con los Evangelios, este es el primer golpe físico que recibe el Verbo encarnado de parte de los hombres... y Jesús, a quien *le ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra* (**cf. Mt 28,18**), no devuelve golpe por golpe, no aniquila al irreverente, sino que, con infinita mansedumbre, le dice: *«Si he hablado mal declara en qué, pero si he hablado bien ¿por qué me pegas?»*.

Aquel hombre estuvo cara a cara frente a Dios, y ¿qué hizo? ¡Le propinó una tremenda bofetada! Nos indigna tal comportamiento; podríamos reprocharle innumerables cosas a ese siervo, que con las mismas manos que recibió de Dios ahora lo golpea. Sin embargo, al mirarnos en el espejo de nuestras propias acciones, nos damos cuenta de que, a través de nuestros pecados, hacemos lo mismo. Despreciamos a Dios que está siempre a nuestro lado, ofendiéndolo con los mismos dones que nos concedió para que lo amemos.

¡Qué paciencia vemos en Nuestro Señor! Por otro lado qué poco lo imitamos... ¿cómo reaccionaríamos nosotros a semejante ultraje? ¿cómo reaccionamos ante ofensas muchísimo más pequeñas?

Mientras todo esto sucedía, Pedro estaba en el patio de la casa, calentándose junto al fuego entre los servidores. Acabó por llamar la atención de la sirvienta que custodiaba la puerta, que lo miró fijamente, y, al no reconocerlo, asumió lo más lógico: a ese desconocido

también lo habían traído los guardias. Por eso le dijo: «¿No eres tú también de los discípulos de ese hombre?» (**Jn 18,17**). Pedro, sintiéndose acorralado, respondió de inmediato, sin pensar mucho: «No sé qué dices» (**Mt 26,70**). Fue su primera negación... luego salió del atrio, y el gallo cantó por primera vez.

Su temeraria confianza en sí mismo, en que su amor a Jesús vencería cualquier obstáculo, lo llevó a meterse imprudentemente en la boca del lobo. Fue su presunción la que lo puso camino a la caída en esas negaciones que Jesús le había profetizado pocas horas antes, y a las que Pedro no dio suficiente crédito.

Satisfecho Anás, lo envía a casa del Sumo Sacerdote en función aquel año, su yerno Caifás, para que él lo juzgue, o mejor dicho lo condene oficialmente, pues eso era lo único que se podría esperar de un juez que poco tiempo atrás había convencido a los judíos de matar a Jesús, diciéndoles que era conveniente «que un solo hombre muera y no que perezca la nación entera». (**Jn 11,50**)

2) En casa de Caifás

Llevaron al Salvador ante el Sumo Sacerdote. Allí estaban reunidos también sacerdotes y escribas. El juicio de esa noche no era oficial: se trataba de una reunión preliminar para ver cómo podrían formular los cargos contra Jesús y encontrar la manera de darle muerte: no había jueces, sino enemigos.

Buscaron testigos, aunque fuesen falsos, con tal de que sus palabras bastaran para justificar una sentencia. Pero los testimonios se contradecían. Se repitieron las viejas acusaciones: que blasfemaba al perdonar pecados, que se llamaba a sí mismo Hijo de Dios, que violaba el sábado, que expulsaba demonios con el poder de Belzebú, que engañaba al pueblo. Pero no era suficiente para condenarlo a muerte.

Entonces se presentaron dos testigos que tocaron un punto especialmente sensible para los judíos: el Templo. Dijeron: «*Le oímos decir: destruiré este Templo hecho por manos humanas y en tres días edificaré otro no hecho por manos de hombre*». (**Mc 14,58**)

El testimonio era falso; Jesús no había dicho que destruiría el Templo, sino que, si lo destruían ellos, Él construiría otro “no hecho por las manos del hombre”, hablando no del Templo de piedra, sino del templo de su cuerpo (**Jn 2,21**), queriendo significar, que cuando le mataran, Él resucitaría al tercer día.

En medio de las calumnias, Jesús callaba. Ese silencio era más elocuente que cualquier defensa. Se cumplía lo que anunció Isaías: «*Como cordero llevado al matadero, enmudecía y no abría la boca*». (**Is 53,7**)

Impaciente ya, el Sumo Sacerdote lo conminó en nombre de Dios a hablar: «¿No respondes nada? ¿Qué es lo que éstos atestiguan contra ti? Te conjuro por el Dios vivo que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios» (**Mt 26,63**). Entonces el Señor habló. No podía dejar de decir la verdad, no podía dejar de honrar a su Padre en cuyo nombre había sido conminado a hablar: «*Tú lo has dicho. Yo soy. Y veréis al Hijo del Hombre sentado a la derecha del Poder y viniendo sobre las nubes del cielo*» (**Mt 26,64; Mc 14,62**).

Fue su confesión más solemne, y también su sentencia de muerte.

Caifás rasgó sus vestiduras, y Jesús contempló en su pecho un corazón corrompido por la envidia y endurecido por el odio. De juez se convirtió al instante en testigo y acusador. «*¡Ha blasfemado! ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Acabáis de oír la blasfemia. ¿Qué os parece?*» (Mt 26,65-66). Entonces «todos», sin excepción, «le condenaron a muerte» (Mc 14,64).

Entonces, jueces y acusadores se hicieron todos verdugos, y se pusieron a escupir en la cara y a abofetear y golpear a Jesús (Cf Mt 26,67). Después, decidieron reunirse a la mañana siguiente para concluir el juicio de manera formal y pedir la ejecución de Cristo al poder romano.

Dejaron a Jesús en manos de los guardias, quienes lo llevaron a una habitación que servía como prisión, donde continuaron maltratándolo (cf. Lc 22,63-65). A los golpes y escupitajos, sumaron ahora la burla impía de cubrirle los ojos, aquellos ojos *a los que nada hay encubierto* (cf. Heb 4,13), y le abofeteaban diciendo: «*Profetízanos, Cristo, ¿quién es el que te ha pegado?*» (Mt 26,68). «Y proferían contra él muchas otras injurias». (Lc 22,65)

Isaías, ocho siglos antes de Cristo, había visto aquella escena y dejado por escrito lo que haría el Mesías: «*Ofrecí mi cuerpo a los que me herían, mis mejillas a los que tiraban de mi barba, y no aparté mi rostro de los que me escupían y me insultaban.*» (Is 50,6)

A estos dolores se sumaron a Jesús otros más agudos: las negaciones de Pedro y el suicidio de Judas.

Vimos ya la primera negación en casa de Anás. Cuando Jesús fue llevado al palacio de Caifás, Pedro también le siguió allí. El gallo ya había cantado una vez, y Jesús le había dicho que antes que cantara dos veces, él le negaría tres.

«*Saliendo él hacia el portal, lo vio otra criada y dijo a los que estaban allí: ‘Éste estaba con Jesús el Nazareno’. Pedro ‘lo negó con juramento: ‘Yo no conozco a ese hombre’»*» (Mt 26,71-75). Fue la segunda negación.

Alrededor de una hora más tarde, las sospechas fueron tales que, una tras otra, surgieron acusaciones contra el pobre apóstol: «*Tú eres uno de ellos; se ve por tu manera de hablar*» (Mt 26,73), dijo uno; y otro añadía: «*Estoy seguro de que éste andaba con Él; se nota que es galileo*» (Mc 14,70); incluso un pariente de Malco, a quien Pedro había cortado la oreja, le dijo: «*¿No te vi yo en el huerto con él?*». (Jn 18,26)

Rodeado por todos lados, «se puso a echar imprecaciones [maldiciones] y a jurar: ‘Yo no conozco a ese hombre!’. Inmediatamente cantó un gallo». (Mt 26,74)

Viendo lo que sucedió a Pedro debemos aprender también nosotros la importancia de no colocarnos en ocasiones de pecado.

No se cumplió lo que Pedro había prometido —«*Daré mi vida por Ti*» (Jn 13,37)—, sino lo que Jesús había profetizado: «*Me negarás tres veces*» (Mc 14,30). Pedro lo había negado, pero Jesús, en su infinita misericordia, mientras lo maltrataban, «*se volvió y miró a Pedro*» (Lc 22,61). No fue una mirada de reproche, ni de desprecio. Fue una mirada de perdón.

Fue esa mirada la que transformó a Pedro, y atravesó su alma como un rayo de luz que la llenó de vergüenza, de arrepentimiento y de dolor. «*Y saliendo afuera, lloró amargamente*» (Lc 22,62). Aquellas lágrimas lavaron su pecado y fueron el principio de una nueva fidelidad, fundada no ya en sus fuerzas sino en la gracia de Dios.

Nosotros también hemos negado a Jesús muchas veces, con nuestras palabras, con nuestras acciones, con nuestros silencios. También hemos mentido, hemos buscado quedar bien ante los hombres antes que confesar la verdad, también nos hemos acercado imprudentemente al peligro. Pero Jesús no deja de mirarnos. Nos mira con el mismo amor, con la misma ternura, con el mismo deseo de salvarnos.

Judas, por su parte, cuenta San Mateo, «viendo que [Jesús] había sido condenado, fue acosado por el remordimiento, y devolvió las treinta monedas de plata a los sumos sacerdotes y a los ancianos, diciendo: “Pequé entregando sangre inocente” [...] tiró las monedas en el Santuario; después se retiró y fue y se ahorcó» (Mt 27,3-5).

Lo sucedido con el apóstolo convertido en traidor y su tristísimo fin, debe ayudarnos a no confiarnos en la vida espiritual por los bienes que recibimos: una buena formación, un buen ambiente, una buena familia, las gracias interiores recibidas en la oración, en estos mismos ejercicios, no nos dan de por sí la perseverancia... Judas recibió mucho más, pero no quiso morir nunca a su juicio propio, a sus propios planes, a sus propios criterios; no se dejó transformar por la fe y por la enseñanza de Cristo, y terminó por traicionarlo; y cuando fue acosado por el remordimiento, no buscó el perdón, mas cerrándose en sí mismo, le disgustó tanto lo que vio, que decidió acabar con su propia vida.

3) En el Pretorio

Amaneció el viernes, día tristemente memorable para el pueblo judío, porque en él cometió su más grande pecado. Pero también día dichoso, pues en él se redimió al mundo y se abrieron las puertas del Cielo.

Aunque la sentencia ya se había decidido la noche anterior, los sacerdotes se reunieron en sesión oficial —el Sanedrín— al amanecer para darle aparente legitimidad al juicio de Jesús. Viejos y cansados, sin embargo, madrugaron con diligencia para consumir su maldad.

Por llamarse Mesías, lo acusarían ante Roma como Rey de los judíos; por decirse Hijo de Dios, lo condenaban a muerte como blasfemo bajo la ley de Moisés. Pero, como la ocupación romana prohibía a los judíos ejecutar sentencias de muerte, se vieron obligados a llevarlo a Pilato.

Sacaron al Señor de la prisión y lo llevaron hacia la Torre Antonia, con una cuerda al cuello, las manos atadas y el cuerpo golpeado... Era una escena impensable: cinco días atrás el pueblo había adornado esas mismas calles con ramas de palmera y con sus mantos, aclamando a Jesús como Hijo de David y Rey de Israel; ahora lo llevan preso y ultrajado, para pedir su crucifixión a la autoridad romana.

Pilato ya habría oído hablar de Él y se dispondría a examinar el caso con atención. Los sumos sacerdotes llegaron al pretorio, pero no quisieron entrar “para no contaminarse”, aunque no les parecía mancha alguna entregar a la muerte al Inocente.

Desde fuera, exigieron a Pilato que ejecutase la sentencia, alegando la gravedad del caso. Pilato, al ver al Acusado, percibió su serenidad, y sospechó la mala intención de sus acusadores. Preguntó por la acusación, y ellos con soberbia, le contestaron «*si éste no fuera un malhechor, no te lo habríamos entregado*» (**Jn 18,30**) como si ello ya bastara para que el juez lo condenase. Pero Pilato se negó a condenar sin fundamentos, y como quien no quiere involucrarse, les dijo: «*Juzgadlo vosotros según vuestra ley*». Entonces los judíos le manifestaron sus verdaderas intenciones: «*No nos está permitido dar muerte a nadie*».

Pilato, asombrado por el odio contenido en esas palabras, percibe claramente que todo aquello era fruto de la envidia de los sacerdotes. Lleva a Jesús aparte y tiene un breve diálogo con él. Se convence de su inocencia, y de que se lo han entregado por envidia... pero no es capaz de liberarlo. Muestra así la debilidad de su carácter, queriendo quedar bien con todos, como quien quiere estar bien con Dios y con el demonio -el mundo y la carne-. Pero Jesús dijo «*no se puede servir a dos señores*» (**Mt 6,24**), y la Verdad no admite componendas.

Pilato no era de la Verdad, no le interesaba la verdad, y por su falta de adhesión a la verdad obró en contra de lo que su conciencia le dictaba. Prefirió **lavarse las manos**, porque la verdad le incomodaba.

Volviendo con los judíos les dice que no encuentra ningún delito en Jesús, y repite que es inocente varias veces, pero en vez de dar por concluido el asunto absolviéndolo, piensa en un modo de liberarlo y al mismo tiempo quedar bien con los judíos: apelar a la costumbre de liberarles un preso con ocasión de la Pascua.

Pilato da por sentado –mal- que el pueblo pediría la liberación de Jesús si les proponía como segunda opción al peor preso que tenía, un famoso malhechor y asesino, llamado Barrabás (**cf. Mt 27,16; Mc 15,7; Jn 18,40**). Pero no contó con la astucia y malicia de los sacerdotes judíos. Y el pueblo, obedeciendo a sus malos pastores, gritó con furia: «*¿A ése no, a Barrabás!*». Ni siquiera pronunciaron el nombre de Jesús.

Así, el Justo es rechazado, y el culpable es preferido. El Autor de la Vida, condenado para liberar a un asesino. Pedro –en Pentecostés- días más tarde recordará a los judíos esta injusticia: «*Vosotros renegasteis del Santo y del Justo, y pedisteis que os dejaran en libertad a un asesino*» (**Hech 3,14**).

Conclusión:

El Inocente, el Santo, el Justo, sufre todo por nosotros. Traicionado por Judas, abandonado por los amigos que prometieron morir con Él, negado por el más fervoroso de sus discípulos, ultrajado por los soldados, humillado por los jefes de su pueblo, juzgado por un pagano y rechazado por su propio pueblo, que prefiere a un asesino en su lugar.

El Hijo de Dios, que había venido a buscar lo que estaba perdido, es tratado como el más despreciable de la tierra. Aquel que es la Verdad es condenado por falsos testimonios; el Rey del universo es escarnecido como un impostor; el Verbo encarnado, condenado como blasfemo; el Autor de la vida es conducido a la muerte.

Pero en todo este aparente fracaso, se despliega el misterio del amor divino: el amor que no se defiende, que no se justifica, que no clama venganza; el amor que se entrega, que

calla, que sufre y que redime. Cristo, Sumo Sacerdote eterno, se ofreció como víctima desde la Encarnación, y cada paso, cada bofetada, cada silencio, cada mirada, cada negación sufrida, cada burla recibida, es parte de esa oblación purísima con la que el mundo sería reconciliado con Dios.

Todo esto lo hizo por ti. No por multitudes abstractas, sino por personas concretas, con nombre y apellido. Por cada uno de nosotros. Y por eso, cada traición, cada abandono, cada negación que cometemos, se vuelve una espina en su frente, una bofetada en su rostro, una herida en su corazón.

Pero también cada lágrima de arrepentimiento, como la de Pedro, cada gesto de fidelidad en medio del mundo, cada decisión de seguirle más de cerca, cada obra de caridad, cada acto de fe y de esperanza consuela al Sagrado Corazón de Jesús.

Miremos a Cristo en su Pasión: solo, herido, humillado, pero lleno de amor por el Padre y por los hombres. Aprendamos de Él que el camino de la gloria pasa por la cruz de la obediencia, del sufrimiento y de la humillación, vividas por amor.

Podemos terminar con un coloquio con Jesús, condenado para que nosotros no lo fuésemos; un coloquio con María, testigo silenciosa de toda la Pasión; y con el Padre, que amó tanto al mundo que le dio su Hijo Único... **(cf. Jn 3,14)**

Hacer él o los coloquios como aconseja San Ignacio: según lo que más mueva el corazón. Siempre con el deseo de preguntarnos: ¿qué debo hacer yo por Cristo, que tanto ha hecho por mí?

Coloquio.